

14

PEPITA,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EMILIO MOZO DE ROSALES.

Representado por primera vez la noche del 5 de Octubre de 1861
en el Teatro del Principe de Madrid.

TERCERA EDICION.

ESTEBAN MORAN
RA. RR.
LSON

LIBRERIA DE CUESTA
CORRETAS 8 MADRID

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 13.

1870.

PERSONAJES. ACTORES.

DON BLAS, 40 años..... Sr. FERNANDEZ.
 DON DOMINGO, 40 id..... Sr. ALISEDO.
 PEPITA, 23 id..... SRTA. MARIN.
 UN CRIADO..... N. N.

Shating - club
Pepita — Olimpia Villabulle
D. Blas — Esteban Moran
D. Domingo — Hipolito Carera
 La escena pasa en la Côte.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los Sres. Gullon é Hidalgo, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

La. V. D. Carera
Pepita — Florentina Pastor
D. Blas — Esteban Moran
D. Domingo — Hipolito Carera

ACTO ÚNICO.

Gabinete. Puerta al fondo y dos laterales. Los muebles están en desórden. Encima de una consola un espejo, una botella con agua y un vaso. Encima de una silla de primer término debe haber un gaban usado, y sobre otra de segundo término un frac. Cómoda y velador con recado de escribir. Al levantarse el telon Domingo, en mangas de camisa, busca un cuello en los cajones de la cómoda. Pepita se arregla el cabello delante del espejo. Domingo deja de buscar.

ESCENA PRIMERA.

D. DOMINGO, PEPITA.

DOM. En tante que su cabello
admiro con tierno afan,
ni usted me cose el gaban
ni puedo dar con un cuello.

PEPITA. ¡Jesus, qué torpe es usté?

DOM. Es que tengo que salir.

PEPITA. No me deja usted vivir.

DOM. Está bien; esperaré,

Pepita. (Se sienta.)

PEPITA. ¡Qué moscardon!

Tanto preguntar irrita.

DOM. No se enfade usted, Pepita,
y pégueme usté un boton.



PEPITA. ¿No ve usted que el tiempo pasa,
que voy á Carabanchel?...

DOM. Bien, bien; pero qué papel
represento en esta casa!
¿No soy un huésped honrado
que no dice en todo el día?...

PEPITA. ¿El qué?

DOM. Esta boca es mia.

PEPITA. Pues está usted equivocado,
porque es la maza de Fraga.

DOM. Lo de maza está de sobra.
Usted es la mujer que cobra,
yo soy el hombre que paga;
pero veo con pesar,
pues al fin dí con el quid,
que en las casas de Madrid
es un delito pagar,
pues el huésped que dé
en dar... por lo que no dan,
solo consigue en su afán
ser un san Bartolomé;
y aunque el cabello se eriza
al ver infortunio tanto,
ni nadie enjuga su llanto
ni nadie le canoniza.
Lidia siempre como bueno,
siendo la calma su norte,
mas si no deja la córté
concluye por ser sereno.
Así con marcha expedita
voy caminando á mi ocaso,
y usted dirige mi paso,
usted me arrastra, Pepita;
pues si un día un dulce iman
me condujo á esta mansion,
hoy me recuerda un boton
que no tengo ni gaban.

PEPITA. ¿Eso es insultar á una
con muy poca caridad!...

DOM. Diga usted si no es verdad!...

PEPITA. No; su queja es inoportuna.
Usted en mi casa es el dueño

y me manda sin conciencia.
¡Vea usted la consecuencia
de recibir por empeño!
¡Ingrato, mal corazón!

DOM. ¡Pero, Pepita!

PEPITA. Un inglés
vino aquí tres veces, tres,
y por recomendación;
mas yo preferí... ¡qué mal
hice!

DOM. ¿Cómo mal?

PEPITA. Debi
decir: no coge usted aquí,
baje usted al principal.

DOM. ¿Usted?

PEPITA. Y cerrarle la puerta.
(Fingiendo que llora.)

DOM. Pepita, yo no quería...

PEPITA. Ya se ve, usted parecía...

DOM. Yo...

PEPITA. Una gatita muerta.
¡Vamos, causa indignación!
DOM. Pepita, que me incomodo:
no llore usted de ese modo,
que me parte el corazón.

PEPITA. Me ha dado usted un garrotazo.

DOM. Se acabó, se acabó, ea,
que se pone usted muy fea.
Como tengo este genazo
no reparo... ni distingo...

PEPITA. ¡Ya! y pega usted una coz.
Don Domingo, es usted atroz.
¡Es usted atroz, don Domingo!
Y si no fuera por... claro,
le despedía mañana.

DOM. No es usted tan inhumana.
¿En dónde encontraré amparo
si me voy?

(Con cariño y tomándola una mano.)

PEPITA. ¡Ay! (Suspirando y bajando los ojos.)

DOM. (Ap.) ¡Pobrecilla!

(Se oye un fuerte campanillazo y despues otros

varios.)
PEPITA. ¿Llaman?
DOM. Sí.
PEPITA. Vaya usted á abrir.
DOM. ¡Yo! no.
PEPITA. Me voy á vestir.
¡Que rompen la campanilla!
Póngase usted el frac.
(Hace que D. Domingo se lo ponga cóntra su voluntad.)
DOM. ¡Frac hoy!
Me está muy mal.
PEPITA. Vamos, vamos.
DOM. Diré que no están los amos
en casa.—Ya voy, ya voy.

ESCENA II. *(vase fondo)*

PEPITA.

(D. Blas.)
¡Pobrecillo! por servirme
andaria á cuatro piés:
no hay como tratarle mal
para que me quiera bien.

ESCENA III. *vase izquierda*

D. DOMINGO, D. BLAS.

D. BLAS entra muy de prisa y como espantado: trae el sombrero abollado y la corbata torcida. D. Domingo le sigue.

BLAS. ¿Está don Domingo Fiesta?
DOM. ¿Pues no me ves?
BLAS. ¿Dónde está?
DOM. ¿No tienes ojos?
BLAS. Dispensa.
Domingo, yo estoy muy mal.
Mira á ver si me persiguen.
DOM. No. (Cierra la puerta del foro.)
BLAS. Déjame descansar.

(Se sienta y se limpia el sudor que inunda su frente.)

DOM. ¿Quieres que se llame un médico?

BLAS. Domingo, no puedo más.

DOM. ¿Pero qué es ello? Concluye.

BLAS. ¡Oh! tú que vives en paz,
sin conocer las espinas
del lazo matrimonial;
¡oh! tú que comes tranquilo
y que te vistes de frac,
recíbeme en tu morada
en nombre de la amistad.

DOM. ¿Cómo?

BLAS. Me he quedado huérfano,
Domingo; no tengo hogar
ni familia; soy un hongo,
un hongo de Fuencarral.

DOM. ¡Qué me cuentas!

BLAS. Yo fui pollo,
y un día en Santo Tomás
conocí á Paca, y Paca
tenía una gracia tal,
que se convirtió por ella
mi corazón en volcan.
Conseguí entrar en su casa,
me encontró bien el papá,
hice fiestas al perrito,
que era feo si los hay,
le llevé alpiste al canario
y á la doncella un dedal,
y después de cuatro meses
de billetes y de afán,
Blas fué de la hermosa Paca
y Paquita fué de Blas.

DOM. Ya me acuerdo de tu boda,
estabas loco de atar.

BLAS. ¡Ay! ¡Paquita era tan guapa
y yo era tan animal!
En fin, la luna de miel
pasóse en blando solaz:
juntos bogábamos siempre
desde el cerro de San Blas
hasta las verdes riberas
del extinguido canal.



Ella me llamaba «monito»
y yo «paloma torcaz,»
y le contaba la historia
de la Burra de Balam.
Pero amigo, aquella vida
me llegó al fin á cansar.
Los paseos me rendian,
me hastiaba la soledad,
y envidiaba á mis amigos
que iban de aquí para allá
sin llevar un centinela
en las vueltas del gaban.
Noté que siempre me daban
ternera para almorzar,
que mi mujer me miraba
con aire inquisitorial,
que no me planchaban cuellos
ni cepillaban el frac,
y que en fin era el marido
más infortunado y más
tonto que se conocia
en toda la capital.

DOM. ¡Ay! ¡eso pasa!—Por algo
no me quise yo casar.

BLAS. Al principio fuí tragaudo
saliba, me hacia mal
reñir á Paca.

DOM. Lo creo.

BLAS. Decia: se enmendará,
esperemos; pero nada,
chico, cada dia más
disputas, más tiranía,
más fueros, más terquedad.
En fin, hoy, segun costumbre,
nos ponemos á almorzar.
Me sirvo y callo.—Ella come
y hace bolitas de pan.
Al cabo de un rato dice:
Tú tienes algo.—Yo, ¡cá!—
Te digo que sí, estás pálido;
y en fin, no sé cómo estás.—
Vamos, Paca, no empecemos,

estoy como debo estar.
Pues yo te digo que no;
pareces un Fierabrás.
Me tratas como una negra,
y esto no puede durar;
¡soy una mártir!—Entónces
le contesto: bien está,
usted se queda en su casa
y yo me voy.—No te irás.—
Pues me iré.—Ya me abandonas,
hombre cruel, inmoral.
Comprendo; tienes queridas,
bien me lo ha dicho mamá.—
¡Eso es falso!—Tienes cuatro,
y una se llama Pilar.
Cállate, porque te expones...
Sé de lo que eres capaz;
pero sabré defenderme,
villano;—y sin más ni más
me tira una pera de agua.
Entónces yo ciego, *zas*,
le despachurro en el rostro
un plato de mazapan.
Pide socorro, yo grito,
ladra el perro sin piedad,
se desmaya la doncella
y rueda como un costal,
se rompen sin compasion
taburetes y sofás,
sube chillando una vieja
que vive en el principal.
Otros preguntan si hay fuego,
y todos vienen y van.
Yo entre tanto pego al perro
y hago añicos un cristal,
y la casa es un infierno
y un volcan la vecindad:
por fin, derribando gentes
salgo como un huracan,
arruino un pobre huevero
que comercia en mi portal,
cruzo calles y plazuelas,

corro y corro sin parar,
y por fin llego á tu casa
tan estropeado y tan mal,
que no sé si el Blas que miras
es una sombra de Blas.

DOM. Pobre amigo.

BLAS. Conque apruebas...

DOM. Si á fé, mas no hay que cejar.

BLAS. Primero morir.—No salgo
de aquí hasta Navidad,
viviremos juntos.

DOM. ¡Juntos! (Con desagrado.)

BLAS. ¿No hay habitacion?

DOM. Si tal.

BLAS. Preséntame á la patrona.

DOM. Tal vez no te agradará.

BLAS. ¿Es jóven?

DOM. Sí.

BLAS. Me conviene.

¿Qué tal cara tiene?

DOM. ¡Blas!

BLAS. No; no temas, seré un tigre;
desde hoy no habrá beldad
que no sea para mí
una mona de Tetuan.

Voy á escribir á mi esposa.

DOM. Á tu ..

BLAS. Sí; para acabar.

DOM. (Dios quiera que su hospedaje
en casa no acabe mal.)

ESCENA IV.

D. BLAS.

(Se sienta y escribe.)

«Señora: teniendo en cuenta
»la pasada tempestad,
»he dispuesto tomar casa
»en la calle de Alcalá;
»espero, pues, que al instante
»me remita usted con Juan

»dos pares de calcetines,
»cuatro camisas y un frac:
»envíeme usted el betun
»y la bata de percal.
»Usted deja de ser Paca
»y yo dejo de ser... Blas.»
(Cerrando la carta.)
Ahora la envío y *peristan*,
no nos volvemos á hablar
hasta que nos den por cárcel
el valle de Josafat.

ESCENA V.

D. BLAS, D. DOMINGO, PEPITA. Pepita sale con mantilla.
Durante toda la escena da muestras de impaciencia.

- PEPITA. (Af. á Domingo.)
No puedo ajustar ahora.
Lo primero es lo primero.
Tengo el honor, caballero...
- BLAS. Celebro mucho, señora.
- PEPITA. Busca usted habitación,
segun me ha dicho este amigo.
(Señalando á Domingo con familiaridad.)
- DOM. Quisiera vivir conmigo... (Con temor.)
- PEPITA. ¿Y usted desea un balcon?
- DOM. Por supuesto.
- PEPITA. (Con severidad á Domingo.) Usted no ajusta.
- BLAS. Con tal que esté ventilado...
- PEPITA. ¿Lo quiere usted empapelado?
- BLAS. El papel no me disgusta.
- PEPITA. ¿Cuál es su gracia?
- BLAS. Don Blas.
- PEPITA. (Mirando á D. Blas con alguna desconfianza.)
Su facha de usted denota
que querrá caballo y sota.
- BLAS. Sí, señora, y algo más,
porque soy buen comedor.
- PEPITA. No será usted ningun cuervo.
Almorzará usted un verbo.
- BLAS. Yo almuerzo con tenedor.

PEPITA. Sí, ya comprendo: ensaimadas,
sesitos y frioleras.

BLAS. Diré á usted...

PEPITA. Cosas ligeras.

BLAS. Prefiero cosas pesadas.

PEPITA. Pues por un cuarto interior
y ese trato, dará usted
dos napoleones.

BLAS. ¡Qué!!!

PEPITA. Y acepto por el señor,
(Señalando á Domingo.)
porque esta casa no es casa
de huéspedes.

BLAS. Sin embargo...

PEPITA. Sólo admito por encargo.
Ya sabe usted lo que pasa. (Á Domingo.)
Nadie viene aquí á deshora,
ni hay alborotos...

BLAS. Lo sé.

PEPITA. En fin, ya conoce usted
que soy toda una señora.
Papá fué juez en Sevilla
y despues en Alicante;
mas le dejaron cesante
y se trasladó á Melilla.
Allí viví entre fusiles
y bajo el sol africano,
hasta que entregué mi mano
á un teniente de Arapiles.
Era buen mozo, manchego,
y se llamaba Peral;
pero me trataba mal
cuando volvia del juego.
Una vez, en Marotó,
por un corbatin de suela,
me dió un golpe en una muela
que me la desbarató.
Otra vez, porque un civil
me regaló una vihuela,
me hizo estar de centinela
seis horas con un fusil.
Dió por fin en levantar,

y otros amigos con él,
cuentos sobre el coronel
y le echaron á Ultramar.

Allí murió de repente
jugando á la treinta y una,
y me quedé sin fortuna,
sin retiro y sin teniente.

(Se enjuga una lágrima.)

En este estado precario
y triste me fué preciso
tomar este cuarto piso
y anunciar en el *Diario*:

«Una señora corriente
»y de cierta graduacion,
»ofrece su habitacion
»á un caballero decente.»

Como aquí no se ve un pingo
y todo está empapelado,
vino á casa un diputado
á quien reemplazó Domingo;
y Domingo, sin demora,
puede decir en conciencia,
si soy mujer de prudencia,
si soy ó no soy señora.

Á que se quejen no aguardo,
porque mi vergüenza es mucha.
Aquí ternera, aquí trucha,
aquí ensalada de cardo.

Los miércoles requeson
y los domingos café:
si hay alguno malo, el té
anda en casa á discrecion.

Ejerce en el principal
un barbero sangrador,
y reside un herrador
en la tienda del portal.

Los vecinos son compinches
y es servicial el portero:
por último, caballero,
en esta casa no hay chinches. (Con gravedad.)

BLAS. En estando independiente
no pido más. Esta sala

- me vendrá muy bien. No es mala.
- PEPITA. Es demasiado decente para usted.
- BLAS. ¡Cómo!
- DOM. (Con timidez.) Pepita reside aquí.
- PEPITA. Sí, señor. Vivirá usted en interior.
- BLAS. ¿Y si tengo una visita?
- PEPITA. Domingo ya no recibe, porque le notifiqué..
- DOM. Yo recibo en el café. (Con viveza.)
- BLAS. No obstante, aquí es donde vive.
- PEPITA. En fin, tengo que salir y tanta calma me abraza. ¿Se queda usted ó no en mi casa?
- BLAS. Sí, sí. (No sé adónde ir.)
- PEPITA. Pues me voy: no volveré hasta las cinco lo ménos. Que sigan ustedes buenos.
- BLAS. Pero, señora, oiga usted... Preciso es que usted resuelva en dónde quedo alojado.
- PEPITA. Domingo queda encargado. No salga usted hasta que vuelva. (Con sequedad á Domingo.)
- DOM. (Á media voz á Pepita.) Pero aquí solos los dos...
- PEPITA. Déjeme usted: ya estoy harta.
- BLAS. ¡Ah! envíe usted esta carta. (Dándole la que escribió)
- PEPITA. ¡Jesus!
- BLAS. Vaya usted con Dios.

ESCENA VI.

D. BLAS, D. DOMINGO.

- BLAS. ¿Sabes, Domingo, que encuentro que tu patrona es muy linda?
- DOM. Es un ángel.
- BLAS. Sin embargo,

creo que es un poco viva
de genio.

DOM. Es muy natural.

¡Ya ves, criada en Melilla,
bajo aquel sol!... aquel sol...

BLAS. Y dime, ¿qué tal te cuida?...

Bien, ¿eh?.. ¿Estás satisfecho?...

DOM. ¡Já, já!

BLAS. Te vende esa risa.

DOM. Malicioso.

BLAS. ¡Qué feliz,

qué feliz eres!—Los días
son instantes para tí.

Riñes, te incomodas, gritas,
amenazas .. y no hay nadie
que diga esta boca es mía.

Sales, entras, duermes fuera,
juegas, haces tropelías...

¿Y qué importa? no hay quien ose
echarte en cara la vida

que llevas. En esta casa
no permitirán que pidas

nada; te comprenderá,
te adivinará Pepita.

No querrá que te incomodes
por nada.—¡Gana su vida

sirviendo á los que le pagan!
obedecerá tus órdenes

severas con la sonrisa
en los labios, ¡Pobre jóven!

Y esto por una mezquina
retribucion.—Entre tanto

la mujer á quien un día
se jura fe en los altares

nos riñe, nos esclaviza,
nos tortura, nos calumnia,

y nos vende y nos arruina.
¡Qué feliz, qué feliz eres!

DOM. Lo que es eso si, Pepita

tiene el genio un poco brusco,
pero en su pecho se abrigan

los más nobles sentimientos.

- BLAS. Lo creo, salta á la vista;
pero, Domingo, cuidado,
nada de majaderías.
El hombre ea polvorin
y la mujer es la chispa.
¡Ay! si se inflama tu pecho.
¡Ay, si lo nota Pepita!
En fin, viviendo á tu lado
yo te serviré de guia.
No he rodado como tú
por la coronada villa
durante diez y seis años
sin mujer y sin familia,
pero conozco el peligro
y tengo gran sangre fria.
Dime ¿has almorzado?...
- DOM. No;
como ha salido Pepita...
- BLAS. ¿Y qué importa? la criada
tendrá ya la mesa lista.
- DOM. No hay criada, se ha marchado
hace cuatro ó cinco dias.
- BLAS. Y la dueña de la casa
¿cómo se va de visita?
- DOM. Ya ves, algun compromiso...
- BLAS. Comprendo; pues con la riña
de casa estoy en ayunas
y tengo un hambre canina.
- DOM. Hombre, lo siento.
- BLAS. Tambien
lo siento yo. Es medio dia.
(Mirando su reloj.)
- DOM. ¡Ah!
- BLAS. ¡Qué!
- DOM. Tomaremos té;
tengo aquí una maquinilla.
- BLAS. ¡Té! No te molestes. Gracias;
(Deteniéndole.)
mi estómago necesita
algo más que té. ¿Usas bollos?
- DOM. No.
- BLAS. ¿Ni salchichon?

- DOM. Irrita.
- BLAS. Lo que irrita es no comer.
Una idea peregrina.
- DOM. ¿Cuál?
- BLAS. Vámonos á la fonda.
Celebraremos el dia
de mi libertad.
- DOM. ¡Soberbio!
- BLAS. Beberemos sin medida,
haremos locuras.
- DOM. ¡Bravo!
- BLAS. Fraternidad y alegría.
¿Dónde iremos?
- DOM. Á la Union.
- BLAS. Ese nombre me electriza.
Á la Union. Espera un poco.
(Deteniéndose y buscando en sus bolsillos.)
He salido tan de prisa...
Nada, no tengo un real.
Tú pagarás la comida.
- DOM. Es que yo tambien... ¿Á ver?
(Dirigiéndose á la cómoda.)
- BLAS. ¿Qué?
- DOM. ¡Casualidad maldita!
- BLAS. ¿Se te ha perdido la llave?
Tal vez la tengas encima.
- DOM. Yo no...
- BLAS. Estará guardada.
- DOM. No; Blas, la tiene Pepita.
- BLAS. ¡Pepita! ¿Sabes, Domingo,
que esto me da mala espina?
- DOM. Se toma estas libertades
para que haga economías.
¡Como soy tan gastador!
- BLAS. ¡Tú! No lo has sido en tu vida.
- DOM. Sin embargo, hay compromisos,
y el que mejor los esquivo...
- BLAS. Es aquel que por costumbre
no lleva fondos encima.
Pues señor, voy observando
que esto es una escuela pia.
Mi mujer tiene defectos

- grandes, pero no me priva
de disponer de mis fondos...
- DOM. ¡Privarme! ¿Quién osaría?...
- BLAS. Pues las señas son mortales.
- DOM. Su solicitud es digna
- BLAS. No te digo lo contrario;
pero pasar todo el dia
á dieta, sin estar malo,
es una cosa que crispa...
- DOM. ¡Y qué hacer!
- BLAS. ¿No te conocen
en el café de la esquina?
- DOM. Como yo voy pocas veces...
- BLAS. ¡Ya! ¿Y en la panadería?
- DOM. Tampoco.
- BLAS. ¿Y en la plazuela?
- DOM. ¡Por Dios, Blas!
- BLAS. ¿Pues qué salida
encontrar? ¡Ah! buena idea.
Dime, ¿vive un prestamista
en esta calle!
- DOM. Sí; pero...
- BLAS. Nada; á las grandes medidas.
Empeña mi reloj, parte.
(Le da el reloj.)
- DOM. Pero...
- BLAS. Toma una esportilla,
una cesta, cualquier cosa.
(Poniendo la cesta que está sobre la cómoda entre
las manos de D. Domingo.)
- DOM. ¡Pero hombre, por santa Brígida!
- BLAS. Nada de réplicas: trae
jamon, frutas ó sardinas.
- DOM. ¡Por Dios!...
- BLAS. Ó queso manchego.
- DOM. ¿Y si me encuentro á mi prima
la marquesa del Canario?
- BLAS. Le das alpiste, y desfilas
como la sombra de Nino.
- DOM. Pero esto es una ignominia.
- BLAS. Te deberé este favor,
Domingo, toda mi vida.

DOM. Sí, sí, ya me voy; me voy,
porque el mirarte da grima.
(¡Y estos son los que blasonan
de haber pasado fatigas!) (Volviendo.)
Oye, si Pepita vuelve
te ruego que no la riñas.

ESCENA VII.

D. BLAS.

Si viene ya la diré
cuántas son cinco. ¡Bonita
es la casa de Pepita!
No hay en ella más que té.
Si por recomendaciones
me tratan á mí tan mal,
¿qué acontecerá al mortal
que venga sin protección?
Le harán que sirva de mingo,
le harán que el fogon encienda,
le harán bajar á la tienda,
como le pasa á Domingo.
Así que vuelva hablaremos.
Esto no puede seguir
y hoy mismo ha de concluir.
Hoy mismo nos mudaremos.
No dejo de conocer
que Pepita es guapa, pero...
no, no hay que ser embustero,
es muy guapa esa mujer.
¡Lleva tan bien la mantilla
y habla con tanta calor!
Sin disputa, es un dolor
que haya nacido en Melilla.

Pepita

ESCENA VIII.

D. BLAS y PEPITA.

Pepita entra llamando á Domingo desde el paño: su gesto indica despecho: trae un envoltorio de papel, que deja sobre la consola al entrar.

PEPITA. Domingo, qué modo es este
de cuidar? ¿Dónde está usted?
¡Dejar la puerta entornada
para que en un santiamen...
¿En dónde está?

BLAS. ¿Quién, señora?

PEPITA. Domingo: ¿quién ha de ser?

BLAS. Paseando...

PEPITA. Eso es mentira.

BLAS. ¿Mentira? (¡Qué fina es!)

PEPITA. No es capaz sin mi permiso
de irse por ahí á correr.

BLAS. Pues usted bien se pasea
sin que lo permita él.

PEPITA. ¡Ay, don Blas, qué amigas tengo!
¡qué infamia, qué avilantez!

BLAS. ¿Pues qué le pasa, Pepita?

PEPITA. Que un amigo ántes de ayer
nos ofreció una comida,
servida en Carabanchel.

Aceptamos. Yo les dije:
¡cuidado, que me esperéis!

Hoy me visto, voy allá,
llamo una y otra vez...
y nada, habían partido.

BLAS. ¿Sí? ¡Pues vaya un proceder!

PEPITA. Mire usted, yo no lo siento
por el desaire, porque
á mí me sobran convites,
sino por cierto pastel
de liebre...

BLAS. ¡No ha sido malo
el pastel!

PEPITA. Me vengaré,

don Blás, porque tengo un genio
que ni el de un gato montés.
Derribé de un puñetazo
un tambor en Granollers.

BLAS. (¡Sopla!)

PEPITA. Soy así, don Blas,
no me puedo contener.

BLAS. Lo siento; tiene usted un rostro
que ni hecho con pincel.
(Acercándose con amabilidad.)

PEPITA. Es favor que usted me hace.

BLAS. ¿Favor? No lo crea usted:
tiene usted unos ojos garzos
y una nariz... ¡Qué hora es?
(De pronto, haciendo una transición.)

PEPITA. ¿No tiene usted hora?

BLAS. No,
porque mi reloj también
se empeña en ir á paseo.

PEPITA. Conque se empeñó...

BLAS. Y se fué...

PEPITA. ¡Já, já...

BLAS. (¡Y se ríe!) Como
usted nos dejó tan bien
pertrechados... fué preciso
discurrir para comer.
No se ría usted, señora.
(Merecería un cordel.)

¡Ah!

(Pepita, que estaba plegando su mantilla, la deja
caer. D. Blas la recoge con viveza.)

PEPITA. Muchas gracias.

BLAS. ¡Qué boca!
(Mirándola embelesado.)

PEPITA. ¡Ay, qué cosas tiene usted!
(Pepita se sienta con negligencia delante del velador
y dice á D. Blas con abandono.)

Ponga usted esta mantilla
en aquel sofá.

BLAS. Muy bien.

(Haciendo lo que le manda Pepita con rapidez y
alegría.)

(Ya empieza á mandarme á mí como á un mozo de cordel.)

PEPITA. Don Blas, déme usted un vasito de agua. Tengo una sed...

BLAS. (La corajina.) ¡Qué modo tan gracioso de beber!

(D. Blas llena un vaso de agua, se lo entrega á Pepita. Esta bebe. Entre tanto D. Blas la contempla con embeleso y vierte distraidamente parte de la botella de agua sobre la falda.)

PEPITA. ¡Hombre, hombre!

BLAS. Usted dispense.

(Limpiando el traje de Pepita con su pañuelo.)

PEPITA. ¡Qué torpe!

BLAS. Fué sin querer...

(¿Á que me pega Pepita?)

PEPITA. Déme usted aquel papel.

BLAS. Volando.

PEPITA. Con haber ido

hasta la calle del Pez
y haber vuelto, tengo un hambre...
Por fortuna me acordé
de tomar estos pasteles.

BLAS. Pues ha hecho usted muy bien.

(Frotándose las manos con alegría, en tanto que Pepita desenvuelve los pasteles.)

PEPITA. Son del Suizo. ¡Qué fragancia, don Blas! (Comiendo.)

BLAS. Lo supongo... (Pues...

se los come ella solita.
Está visto, ni en Argel
tratan peor á los huéspedes!)

PEPITA. ¿Le gusta á usted estar de pié?

BLAS. Si, señora. (¡Cómo engulle!)

PEPITA. ¿Don Blas? (Con un pastel en la mano.)

BLAS. ¿Qué?... (Me va á ofrecer...)

(Acercándose con viveza.)

PEPITA. ¿Es usted muy viejo? (Comiéndose el pastel.)

BLAS. (Con despego.) No...

PEPITA. ¿En qué año nació usted?

BLAS. En el del hambre, señora.

PEPITA. Será usted un Matusalen.

BLAS. (Qué ocurrencia!)

PEPITA. ¿Y por qué causa
riñó usted con su mujer?
Vamos claros.

BLAS. ¿Quién ha dicho...

PEPITA. ¿Hubo tutes...

BLAS. (¡San Andrés!)

PEPITA. ¿Quién ha podido?

BLAS. Señora,
por la Virgen.

PEPITA. Si lo sé
todo.

BLAS. Domingo ha contado...

PEPITA. Ni yo tengo para él
secretos ni él para mí.

BLAS. Pues es una avilantez
divulgar lances ajenos.

PEPITA. Hombre, yo no sé por qué,
casualmente en esta casa
no hay día sin somaten.
¿Y es que había un amorcillo
de por medio?

BLAS. (Con indignación comprimida.) ¿Mas de quién
habla usted?

PEPITA. (Con naturalidad.) ¡De su señora!

BLAS. Mi esposa es una Raquel,
y está muy alta, muy alta...

PEPITA. No tendrá más que dos pies:
y sobre todo, si es buena
y se conduce tan bien,
por qué deja usted su casa?

BLAS. (¡Es verdad!)

PEPITA. ¡Vaya un papel!

BLAS. Qué papel ni qué carton;
usted no tiene que ver
nada con mis altercados,
señora, usted no es mi juez,
sino una simple patrona
que debe dar de comer
á sus huéspedes.

(D. Blas coge distraidamente un pastelillo y se lo
come.)

PEPITA. (Trata de quitárselo.) ¡Me gusta!

BLAS. Usted se excede, señora.

(Le quita otro pastel y despues otro.)

PEPITA. Y usted más.—Otro, y van tres...

BLAS. Usted tiene que servir
volando al que pague bien,
y suprimir los paseos
que da usted á Carabanchel,
y vivir en la cocina
en lugar de ir al café,
y gastar en vez de seda
trajes de percal francés,
y aprender á ser amable
y ejercitarse en coser,
porque esta casa parece
una torre de Babel.

PEPITA. Ni yo le pido consejos
ni quiero que me los dé
ningun español que tenga
la inteligencia al revés.
Soy una señora... viuda,
que se viste de glasé,
que toma horchata en el Iris
y que sabe el baile inglés.
Tengo personas decentes
que abonen mi proceder:
un senador, un ministro,
y un vizconde y un marqués.
Si me hacen falta dos onzas
hay ciento que me las den.
Ya que le sirvo tan mal
y usted quiere estar tan bien,
váxase usted á vivir
á la dehesa de Amanuel,
que es terreno ventilado;
mas cuidado con volver,
pues yo por *condescendencia*
suelo aguantar una vez,
pero á la segunda soy
peor que un moro de rey:
y abur... que usted va de prisa,
y tengo mucho que hacer,

ESCENA IX.

D. BLAS.

¡Esta mujer es un fósforo!
¡Haber osado plantarme,
sin preámbulos ni formas
de patitas en la calle!
¡Qué día, señor, qué día!
No hay duda, hoy debe ser martes.

ESCENA X.

D. BLAS, DOMINGO, que entra cansado y con la cesta de compra al brazo.

DOM. Lo que me obligas á hacer
es inaudito. Aquí tienes...
(D. Blas coge la cesta y la coloca sobre la consola.)
BLAS. Deja eso. Á tiempo vienes.
No se trata de comer. (Con gravedad.)
Domingo, sabrás vencerte.
DOM. ¡Yo! Dáme una explicacion.
BLAS. Fuera está la salvacion;
aquí dentro está la muerte.
DOM. ¿Y qué quiere decir eso?
BLAS. Quiere decir que has caido
en el lazo, que has creido
mandar aquí con exceso
y que tú eres el mandado.
DOM. ¡Cómo!
BLAS. Esa cesta lo abona.
La señora es la patrona
y el huésped es el criado.
Ella te deja cruel
sin pan y sin asistencia,
y se marcha en diligencia
de broma á Carabanchel.
Te encierra el dinero, impide
que recibas en tu casa,

y en todo te pone tasa
y todos tus pasos mide.
Lleva seda á buena cuenta,
sin aprension y sin coto,
y tú llevas un frac roto
comprado el año cuarenta.
Ella te roba y te riñe,
y te esclaviza y te aburre,
¿esperarás que te zurre
con el palo de la escoba?
¿Y qué he de hacer? todas son
fatales. Yo he recorrido
el gremio, y me he convencido
de que no hay más que un patron.
Mira que estás ofuscado,
que es un absurdo...

DOM.

DOM.

BLAS.

DOM.

BLAS.

DOM.

BLAS.

No á fe.

¿Y sufrirás?

Sufriré.

¡Resignado!

Resignado.

Pues no cedo: eres mi amigo
y esto los límites pasa.
Vámonos á buscar casa:
Domingo, vente conmigo.

ESCENA XI.

DICHOS, PEPITA.

PEPITA.

(Á D. Blas)

Ya sabia yo que usted
tramaria algun complot,
pero Domingo se queda,
porque se lo mando yo.

DOM.

¿Lo ves?... (Á Blas con aire resignado.)

Pues me seguirá.

PEPITA.

¿Es usted su preceptor,
ó su papá.

BLAS.

Soy su amigo,
y me causa compasion
dejarle en esta mazmorra.

- DOM. Vamos, Blas, vamos, por Dios.
- PEPITA. ¿Y consiente usted impasible
que se me pegue una coz?
¿Y no tiene usted un revolver,
una tranca, un asador,
para castigar á un hombre
que osa levantar la voz
delante de una señora
que se halla sin proteccion?
- BLAS. Quien chilla es usted.
- PEPITA. Usted.
- BLAS. Usted.
- PEPITA. Usted.
- DOM. (Ya se armó.) (Asustado.)
Tranquilizarse.
- PEPITA. No quiero;
pido una satisfaccion,
y si usted no tiene bríos
para matar al señor,
yo buscaré quien obtenga
cumplida reparacion.
Si viviera mi marido,
que en mala hora sucumbió,
sin esperar á razones
le hubiera partido en dos;
y yo misma, si no fuera
porque tengo pundonor,
y porque soy una viuda
prudente y de graduacion,
le hubiera puesto la cara
más encendida que un sol.
- BLAS. Á mí no me enciende nadie.
- DOM. Cállate por compasion.
(Poniéndose delante de Blas.)
- BLAS. Señora, usted es una sierpe.
- PEPITA. Usted es un costal de arroz.
- BLAS. Pero hombre, ¿no te horripilas?
- PEPITA. ¿No brama usted de furor? (Á Blas.)
(D. Blas ase á D. Domingo de un faldon del frac,
Pepita del otro, y concluyen por arrancarlos.)
- BLAS. Evitemos un escándalo.
- PEPITA. Evite usted una explosion.

- DOM. ¡Eh! ¡eh! mis faldones.
BLAS. Vente.
DOM. Uno.
PEPITA. Véngase usted.
DOM. Dos.
(Pepita y D. Blas gesticulan agitando los faldones que tienen en las manos.)
BLAS. Que te pierdes.
PEPITA. Es un vil.
(D. Domingo recoge los faldones y los guarda debajo del brazo.)
DOM. ¿Pero qué es esto, señor?
¿Acaso no soy yo dueño de mudar de habitación?
¿Quién osará darme leyes ni levantarme la voz!
Cuidado conmigo, Pepa, Pepa, cuidado por Dios.
PEPITA. ¡También usted!
BLAS. Así, fuerte.
(Ap. á D. Domingo.)
PEPITA. Ya me lo esperaba yo; cria cuervos, que después te darán un coscorrón.
Es usted un vil.
DOM. No he querido...
PEPITA. ¡Ay! me decía un oidor antes de ayer: don Domingo debe ser un caracol.
¿Qué bien ha sabido usted jugar con mi corazón!
Ya se vé... como una es viuda... y usted es un seductor... y una cree en palabras...
DOM. Pero...
PEPITA. Si; si usted me la dió día de la Candelaria enfrente de San Anton.
BLAS. Esas palabras se olvidan...
PEPITA. Bien, que vayan con Dios.
(Enjugándose los ojos.)
Ya no quiero verle más.

DOM. ¡Cómo!
BLAS. Mejor que mejor.
DOM. ¡Pepita!
PEPITA. Pero si un día
se encuentra sin protección
y tiene usted, don Domingo,
por no morir de dolor
y de hambre, que vender
La Iberia y La Discusion
en la calle de Carretas
ó allá en la Puerta del Sol,
no eche usted la culpa á nadie,
á nadie más que al señor.

DOM. ¡Ah! (Aterrado.)
BLAS. Usted venderá fósforos.

DOM. ¡Cielos!!!

PEPITA. Y papel de Alcoy.

BLAS. Esas son utopías.

DOM. Blas,
me ha conmovido su voz.

BLAS. ¿Y quién te manda tener
el alma de requeson?

DOM. Yo no sé si es la costumbre
ó si es un sincero amor;
pero conozco que nunca
mudaré de habitación.

PEPITA. Y nos casamos... (Con viveza.)

DOM. ¡Sí!

BLAS. Y vas... (Con indignación.)

PEPITA. Cuanto ántes mejor.

BLAS. *Requiem eternam amen.*
La catástrofe llegó.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, un CRIADO.

CRIADO. Señor, ¿dónde he de poner
este equipaje? (Á Blas.)

BLAS. ¡Ay de mí! (Corriendo al Criado.)
Estará mejor que aquí
en casa de mi mujer,

Pepito

Criado

no te detengas.

(El Criado se lleva la maleta.)

DOM.

¿Te vas?

quédate siquiera hoy.

BLAS.

Es imposible, me voy

para no volver jamás.

Basta con un día ameno

pasado en esta clausura,

para saber con usura

lo que es malo y lo que es bueno.

Conservaré en mi memoria

que contra mí se concita

el recuerdo de Pepita,

mas basta de pepitoria.

Empepitado te dejo

y emepitado me voy;

pero persuadido estoy

que no llegarás a viejo.

Pues si es mentira sencilla

para tí ver y callar,

son duras de soportar

las cadenas de Melilla.

Yo tras de las mias vuelo,

pues si me dieron enojos,

vuelven á ser á mis ojos

fuelle de dulce consuelo.

Mi Paca será mi Paca

y yo su Blas de otros dias,

y aunque pida gollerias,

y aunque hable más que una urraca,

y aunque me llama animal,

romo y duro de cocer.

la llevaré con placer

desde el Retiro al Canal;

y ya no tendré con ella

la más leve discusion,

ni habrá en casa insurreccion

ni chillará la doncella:

ni ladrará sin piedad

el perrito que me aburre,

ni preguntará: qué ocurre

en masa la vecindad:

amparilla

pues si mi bilis se irrita,
para aplacar mi furor,
me acordaré con temor
de la casa de Pepita.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta pieza, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 12 de Setiembre de 1861.

El Censor de Teatros,

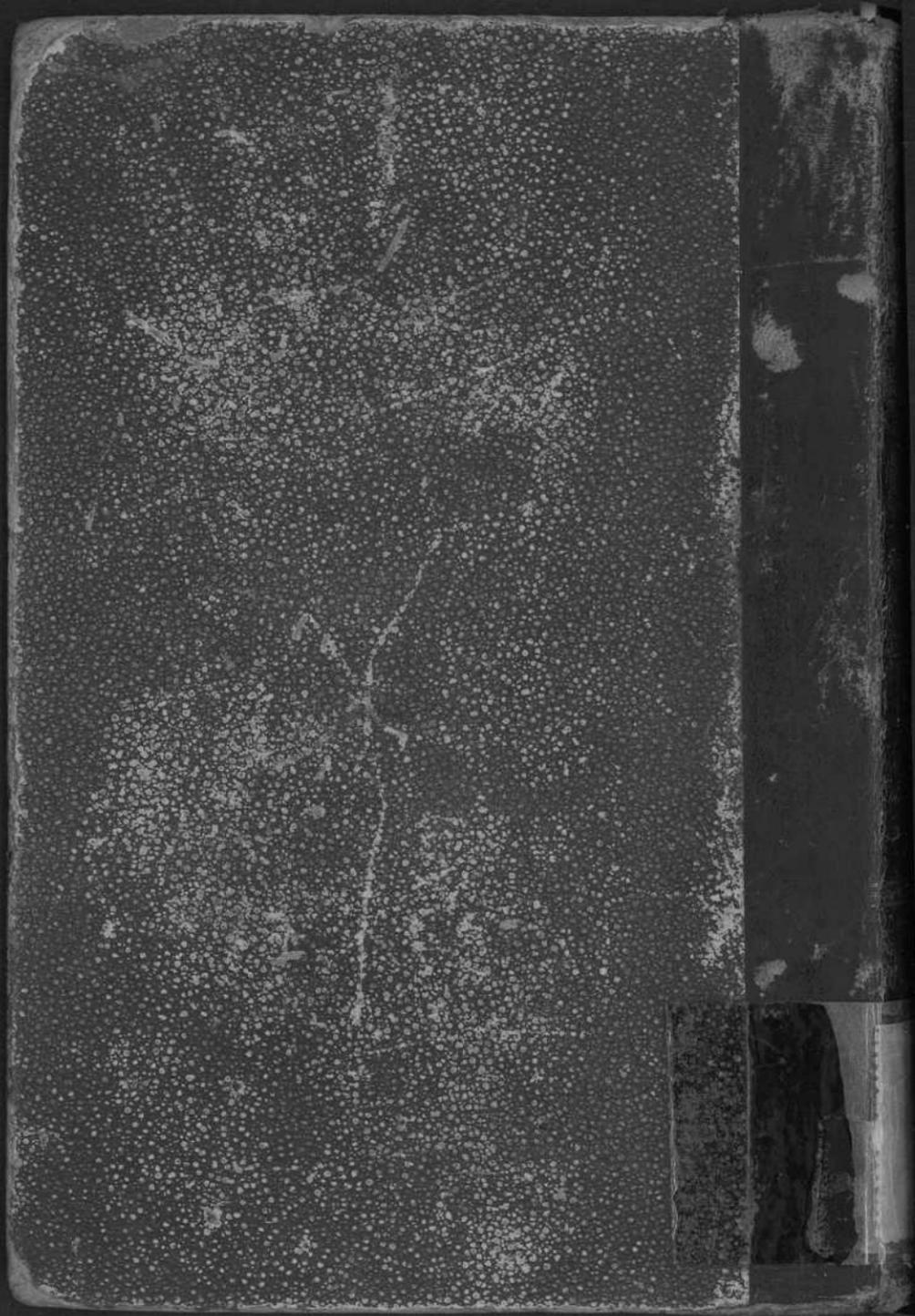
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Botella con agua y vaso
Zabon molido y fria
Recuerdo de enulin

- Pasteler -

- Cafetera -





TEATRO

2

OBRAS
EN UN ACTO

7517